

¿Atender a nuestra experiencia?

Julio Seoane Pinilla

Este libro¹ es una colección de artículos sobre diversos autores. Sean dichos sus nombres: Simmel, Musil, Benjamin, Kraus, Roth, Rilke. No es sólo la época lo que les aúna sino sobre todo, como enseña el libro, su posición, que, si bien diferente y personalizada, les sitúa contra el mundo que su tiempo les dio a vivir. García Alonso tiene la habilidad de mostrar que ese mundo contra el que se posicionaban los autores estudiados, no es sino nuestro mundo en pañales y que allí donde ellos aventuraban futuros tráficos tenemos presentes más que cotidianos.

Aun separados y dedicados cada uno a un autor, entre todos los capítulos componen un libro donde sus partes dejan con un sabor de boca muy similar. Lo que Rafael García Alonso teje con su exposición es una malla en la que se van atrapando varios pensadores con unos temas comunes. Una malla que se anuda en torno a la exposición que se presenta en las primeras páginas del libro. Esta primera exposición anuncia la toma de partido por la evidencia de que existe un vivir *para* y un vivir *en*, un vivir donde la contingencia cotidiana

¹ Rafael García Alonso, *Ensayos sobre literatura filosófica*, Madrid, Siglo XXI, 1995.

La Balsa de la Medusa, 40, 1996.

no da para llevar la mirada más allá de nuestro minuto presente y otro donde la autonomía del individuo es capaz de, cuando menos, mirar frente a frente a la vida y decirle algo. En esta línea se plantea la necesidad de establecer una teoría del conocimiento que redefina la concepción actual de la verdad de forma que en ella quepan factores subjetivos y objetivos, esto es, que sea capaz de atender tanto al vivir *para* como al vivir *en*, una teoría, en fin, que considere al conocimiento no sólo como contenido, sino también como acto vital, que replantee la distinción entre ciencia y poesía [33]. En las primeras páginas adoptamos la terminología de Musil: «Lo racioide nos ofrece la exactitud de la verdad, mientras que lo no racioide, terreno de los valores y las valoraciones, nos otorga la profundidad de la vivencia a costa de la ambigüedad». El error de nuestra época consiste en no haber advertido que ambas son diferentes actitudes de un mismo conocimiento [40]. Esta es la base de toda la obra de García Alonso y sobre ella se tejerá la red en la que se construye la lectura de este libro.

Desde la desesperación de Rilke, desazonado ante la vida que se le escapa sin que él la pueda reflexionar —disfrutar estéticamente—, hasta la desventura en el alcohol de Roth, que no es sino una profundización en esa vida que se le pierde a Rilke, se establece un continuo que muestra el planteamiento que acabo de resumir. El axioma que plantean los dos primeros capítulos es el hilo de la red: existe una relación mística, religiosa o profunda con la vida que nos hace comprenderla y hacerla más nuestra,

existe una existencia *para* en la que nos perdemos sin ver nunca el objeto, el interés, ni el fin de tal pérdida. Habilidad tiene García Alonso –y buena compañía– para que esta dualidad no sea ni ingenua ni estúpida. Lo interesante del libro es que sus propuestas se hacen sin tufo de existencialismo barato ni de sermón, por el contrario parten de bocas cuyo cuidado con las palabras en busca de la exactitud (ese es otro de los nudos de la red que teje el autor) nos traen al caso más de una reflexión.

A propósito de Rilke la vida aparece atravesada por una fugacidad que se vive con desasosiego; ante ella la postura de Rilke es que el arte crea un mundo estable, fijo, que incorpora a la realidad otra «realidad» haciéndola más compleja –y completa–. En el reconocimiento –y vivencia– de esta realidad compleja es donde se sitúa la vida auténtica que tiene como rasgos la intensidad y la duración frente a la fugacidad de la inauténtica que por asirse a las cosas es incapaz de ver la unidad subyacente al mundo (unidad que sirve como base firme a todo el cambio mundano). Son estas ideas de Rilke algo extremas para nuestro gusto moderno, pero leídas con comprensión resumirían en mucho la actitud de los autores estudiados. No es extraño que García Alonso comience su libro con una pequeña antropología de la *atención* que al final desemboca en la doble pregunta que da forma a la red tramada: ¿qué vida es la que se distrae de su propia experiencia? y ¿es el arte, como punto de atención, el lugar donde la experiencia puede ser disfrutada y reconocida? Obviamente, las respuestas no siem-

pre son iguales, pues desde el curioso platonismo de Rilke que pretendía dar una autonomía al arte creyendo que en él se encontraría el medio donde lo escindido hallaría la capacidad de reunificarse [77], hasta la ponderación del Benjamin de «El narrador» en el que en la narración va depositando sabiduría y vivencias a lo largo de los siglos, median los distintos caracteres y exposiciones de todos los autores tratados; pero siempre es una posición semejante que García Alonso se preocupa de tener bien presente: la preocupación por poder experimentar nuestra propia experiencia (por disfrutarla y hacerla *nuestra* propia vida).

Pero si la atención a la propia vida es punto de encuentro de todos los autores relatados, no lo es menos la comunidad que de tal vida atenta pudiera resultar. En todos los capítulos se refleja la protesta ante una sociedad en la que los individuos han perdido el sentimiento de pertenecer a un todo, a una comunidad, a una cultura, y donde lo único que pervive es la fáctica convivencia en un agregado social en el cual no hay fines –ni imágenes comunales– que agrupen. En todos los autores estudiados se hace patente una amarga crítica al modo en como la vida en sociedad se establece en el inicio de nuestra modernidad: un mero agregado que rompe con las antiguas comunidades donde todos tenían un depósito de experiencia común en el que *además* podían dejar parte de su propia experiencia. No es de extrañar que en este tono Kraus asegure que no existe ya lenguaje sino que todo son repeticiones de frases huecas y sin sentido,

pues el verdadero sentido del lenguaje es precisamente el de servir de vínculo comunitario. El mundo se ha trastocado, sigue Kraus, porque palabras y experiencias no calan, quedan superficiales. A este respecto, sin demora nos recuerda García Alonso que el intento de Kraus de recomponer un mundo trastocado parte de una concepción esencialista del mundo en la cual se tiene bien claro dónde están los buenos valores; una posición la de Kraus en la que no hay duda de que la *cultura* corresponde a la dignidad del hombre de una manera que la mera *civilización*, el mero estar en sociedad, no es capaz. Tal seguridad hoy nos es muy lejana, es cierto, pero no deja de ser valioso el intento de criticar el embobamiento ante las palabras vacías que nos dirigen y, en último término, la defensa de la dignidad de la humanidad que, de nuevo, es vista como la humanidad capaz de vivir en una cultura donde cada experiencia es atrapada, digerida y administrada en comunión con todos (*pero por el propio individuo*). Y si hoy ya no encontramos valor en esta posición tan convencida de su verdad, sí al menos valentía muestra García Alonso cuando en un presente tan prudentemente escéptico como el nuestro es capaz de terminar la siguiente frase como lo hace: «Canetti censura a Kraus su carácter de juez implacable e inflexible... Quizá sea cierto. Pero este odio se cebaba en enemigos que lo merecían» [131].

Viene aquí la primera cuestión que de manera continua se le plantea al lector de este libro ¿para qué nos sirve esta recopilación de increpaciones contra la sociedad que destroza a

la comunidad, contra el mundo que nos roba las experiencias, contra las ideas a merced de los *media*, cuando parece que en nuestro mundo por muy sermoneables que sean estas actitudes, están ya integradas en nuestra misma naturaleza? No es sólo una cuestión de añoranza lo que el libro de García Alonso trae a la cabeza. Siéndolo también. De añoranza a veces por un mundo perdido que en los autores estudiados se expresa en un elitismo muy poco agradable (y bastante peligroso). Como incómoda llega a ser esa seguridad del autor de que los enemigos de Kraus se merecían las invectivas de Kraus. El talante escéptico fin de siglo, a poco que avance en la lectura, se irá encontrando a disgusto con el traje que el texto le arregla. Musil, Kraus, Roth, tenían ciertamente las cosas más claras de lo que nosotros gustamos de tenerlas. Pero este disgusto ha de quedar anulado en otro de los nudos que teje el autor; aquél en el que se recogen historias, narraciones, propuestas que intentan sensibilizar (lo racional, recordemos, es aquella mezcla entre *ratio* y *no ratio*, entre ciencia y arte, entre cabeza y corazón). Así, siquiera para detenernos, para establecer desde distintas interpelaciones un momento de reflexión, de recuperación de la propia experiencia, el libro presentado nos vale. Y eso no es poco, pues aunque ya admitimos sin reparo que el mundo que tenemos trota a caballo de decisiones que no nos pertenecen, resulta que nos construimos en ellas interpretando esos momentos que se nos hurtan. Y es precisamente en esta interpretación donde voces como la de Musil, la de Kraus, la de

Roth, tienen valor: no nos sermonean, nos están contando un cuento donde el mundo aparece más adecuado, más dado a la escala humana.

Por eso los autores estudiados no son moralistas antiguos, sino filósofos modernos que se plantan ante el mundo e intentan dar con el modo en que, aun excediéndonos, ese mundo puede tener tamaño dable a la vida. Como se ve a lo largo del bello análisis de Roth, el abandono a las contingencias que nos superan es inevitable, pero aun perdiéndonos en ellas, ha de haber un momento en que nos podamos decir con nombre propio o cuando menos podamos diferenciarnos. Esta posibilidad de la diferencia es la primera condición de la igualdad porque, como dice el autor, cuando no existe diferencia no hay atención, y sin atención la vida pasa como si resbalara (haciéndonos sin que nos enteremos).

Para *atender a nuestra experiencia* el libro en su conjunto nos hace pensar como buena la idea de seguir el curso de la narración de la que se habla a propósito de Benjamin (otro nudo —la narración, no Benjamin— de la malla tejida). Lo que entre todos los autores se propone, lo que todos hacen, es una narración que crea un vínculo social pues es portadora de valores y, al tiempo, necesita de una comunidad para ser contada; un discurso en el que la experiencia de siglos se entrevera con la experiencia contingente y cotidiana de cada quien. Por ese motivo es lógica la aprensión que estos autores tienen ante la prensa (destacada en los capítulos dedicados a Kraus y Musil): la prensa con su inmediatez y fugacidad

(la noticia dura lo que un periódico: apenas hasta el día siguiente) roba la propia experiencia, no da el tiempo necesario a degustar la narración y narra historias que no forman comunidad —no se imbrican en la vida—. De la prensa se alimenta la moderna humanidad para la que no existe lo que no se publica. Con la prensa la vida cobra significado precisamente en esas efímeras noticias que jamás pueden constituir comunidades; sí sociedades, agregados con la consistencia del papel de periódico. La prensa (nuestros *media*) polariza la preocupación de todos los autores estudiados ante la vida no vivida, ante las decisiones y caminos tomados de forma automática atendiendo a lo dicho (por la prensa o por nuestro estático *carácter*). Ante ella se trata de recuperar un mundo no cosificado, de deshacernos en el presente para poder recuperarnos en una historia rica. Por eso las propuestas son la sátira de Kraus, la poesía platonizante de Rilke, la huida del mendigo, del errante de Roth; son propuestas todas ellas extremas, duras, de ruptura y, por ello mismo, algo lejanas a nuestro mundo (necesariamente más complaciente pues ha vivido con los males aquí denunciados durante casi un siglo). ¿Para qué nos sirve hoy esto? Para que nuestra fragmentación *asumida* cunda y no sea fragmentación de lo mismo. Y por muy escéptico que se sea ante las soluciones aportadas, es cierto que el mero aporte de historias es valioso. Si alguien considera que tales historias además pueden recibir un calificativo tal que «verdadero», mejor que mejor, pero, en todo caso, el mérito de este libro

en un mundo donde la banalización es admitida e incorporada a nuestra naturaleza reside en que, como dice el autor hablando de Kraus, ayuda a recuperar «la sensibilidad ética, la capacidad de sufrir y revelarse ante el mal que nos rodea» [123]. Y eso se logra contando historias como las que este libro cuenta, no historias que nos proponen modos de vida ideales tras sesudos análisis formales, sino cuentos que nos narran otras vidas y otros héroes. Sólo así podemos sensibilizarnos contra la crueldad. Sea por esto que los filósofos expuestos no lo son a la tradicional usanza, ni los escritos analizados suponen el estilo que tradicionalmente ha de cumplir la escritura filosófica. Son literatos (podrían ser pintores, escultores, meros narradores, etc.) sin que esto quiera decir, por supuesto, que no son filósofos. Y de la mejor especie. Quizá sus respuestas por explícitas hoy tendamos a dejarlas en el baúl de los tiempos donde la toma de partido era posible,

pero, en todo caso, hoy nos sirven: refrescan nuestra experiencia.

Y ese es el provecho de leer este libro. Como nos dice García Alonso, se trata de «conquistar la realidad sin perder los sueños» [47]; y para ello nada mejor que los personajes escogidos junto a la habilidad del autor para hacerles hablar con voz propia sobre un tema parecido: de quién es nuestro presente y qué debemos hacer para tenerlo y, sobre todo, disfrutarlo. Exacto, pormenorizado, el estudio a veces, como es el caso obvio de Musil, nos deja con ganas de más, de más citas, de más novelas, porque, es lo engañoso de la obra, parece que estamos leyendo a Kraus, a Musil, a Roth y resulta que no estamos sino sintiendo en las manos el peso de la red que ha recogido algunos de sus pensamientos. Sea esta la habilidad del autor y este precisamente el valor de un libro con el que conocemos y podemos decir algo de nuestro presente.